

INTEGRANDO GALAXIAS Y GÉNEROS
POÉTICO-RETÓRICOS

VILLANUEVA, Darío. *Les Galaxies de la rhétorique. Les puissants satellites du littéraire*. Traducción y edición de Thierry Nallet. Madrid: Casa de Velázquez, 2018, 181 pp.

Haber leído a Darío Villanueva en francés nos ha evocado no solo la famosa sentencia de George-Louis Leclerc, conde de Buffon extraída de su discurso de entrada a la Academia Francesa (agosto de 1753) «le style est l'homme même», sino todo el pensamiento del naturalista francés que sostiene aquella frase en el mencionado discurso. El estilo (palabra de ascendencia retórica donde las haya) de la obra que reseñamos es, en efecto, el sedimento personal de una trayectoria investigadora que D. Villanueva ahorma con la alambicada maduración de sus reflexiones; con el rigor del filólogo, agradecido por los descubrimientos ajenos; con la sutileza del crítico, lúcido y claro; con la nutrida erudición del historiador; con la valentía del teórico, enfrentado a los retos planteados por la cultura actual, y con una *compositio* periódica que sirve en amplitud y profundidad a la erudición y dialéctica del académico.

Reconocer el estilo del autor de *Les Galaxies de la rhétorique* (2018) es una loa al propio autor, desde luego, en cuanto nos lega su personal interpretación de una época con valiosas herramientas como las reseñadas, pero es también un reconocimiento

al traductor que ha sabido transparentar y acentuar incluso aquel estilo con el marchamo ensayista de Michel de Montaigne. Se agradece en este sentido que el cuerpo de notas figure aparte para destacar el discurrir del pensamiento del autor, sin interrupciones a la vista, y se agradece el carácter ensayístico de los trabajos publicados, con la fuerte personalidad del autor dominando sobre el inicial formato académico de aquellos.

Entiéndase el término «ensayístico» en la dirección estilística mencionada: las huellas marcadas del autor implícito se advierten en una familiar *inventio* (con la selección de temas frecuentemente tratados, ampliados y optimizados), en una coherente *dispositio* (particular ordenación del pensamiento acorde con la orientación personal del tema y con la *dispositio* general del libro) y en una convincente *elocutio*, en la que sobresale una rica y compleja estructura sintáctica, enriquecida con apreciables y selectas fuentes bibliográficas (familiares también en la trayectoria investigadora del autor) que actúan como argumentación de autoridad, en primera instancia, pero también como ilustración pedagógica. El rigor, la profundidad de pensamiento, la claridad en la exposición de ideas, resumen lo mejor del estilo del ensayista.

Todo resulta así coherente e integrado en esta obra compuesta por ocho ensayos escritos entre 1996 y 2011, precedidos por una breve nota del traductor y un prefacio del autor, seguidos por el cuerpo de notas y una selección bibliográfica, y destinados

a un público lector francófono. Tal y como manifiesta D. Villanueva en el prefacio mencionado, el eje articulador de estos ocho ensayos es la obra de Marshall McLuhan a quien aquel rinde homenaje teniendo a este como manifiesto y recurrente horizonte teórico en casi todos los ensayos. El homenaje se aprecia especialmente en los goznes centrales del libro, en el cuarto ensayo, donde el autor realiza un profundo análisis de la trayectoria intelectual del autor canadiense. No creemos que sea casual que este ensayo, aparte de ocupar el centro del libro, sea el único que contiene ocho epígrafes como se aprecia inicialmente en el Índice.

La amplia sombra de McLuhan planea en «L'apocalypse de la réalité», primer ensayo en que Villanueva aborda un tema de especial que-rencia –la cuestión del realismo–, no examinado desde la perspectiva estrictamente literaria pero sí amparado en antiguas hipótesis (*Teorías del realismo literario*, 1992). Importa aquí no tanto su teoría sobre el «realismo intencional», que retomará en el penúltimo ensayo concerniente a la autobiografía, cuanto la ficcionalidad construida, canalizada y potenciada por los nuevos medios.

La retórica se convierte, ya en este ensayo, en una poderosa herramienta para analizar los discursos persuasivos del presidente estadounidense Ronald Reagan. La *actio* del que fue actor antes que presidente y la habilidad de este para utilizar una *inventio* ficcional de anécdotas y eslóganes extraídos de una filmografía familiar contribuyen a crear

efectos persuasivos carentes de fundamento histórico, pero motivadores para la actuación de los receptores. Precisamente en relación con el poder persuasivo y trascendente de los mensajes mediáticos, particularmente de Internet, y con la actualización realista de ficciones fílmicas, tiene especial significado la palabra apocalipsis del título, que Villanueva ilustra inicialmente con suicidios colectivos de algunas sectas, provocados por aquella proyección ficcional sobre el presente vivencial en convergencia con claves milenaristas del pasado. El papel del lenguaje –de nuevo la retórica– cobra, pues, un valor relevante en la perspectiva «constructivista» que adopta el autor siguiendo a Nelson Goodman (8): no existe una realidad previa al lenguaje, que se modela convencionalmente en cada cultura con patrones ficcionales, ni existe siempre un uso bienintencionado de mensajes creados con una retórica ficcional. La credibilidad de un público multiplicado por radio, televisión e Internet ante esa fuerza retórica queda en fin patente, entre otros ejemplos aducidos por el autor, en la lectura de Orson Welles de *La guerra de los mundos* de H. G. Wells, emitida por radio el 30 de octubre de 1938, coincidiendo con la celebración de Halloween. Los hechos que en ella se narraban fueron escuchados, no en clave ficcional, sino como sucesos que realmente estaban sucediendo (12 y 18): el público entró en pánico.

La oralidad presente en los nuevos medios, que tienen una proyección global, le recuerdan al autor el

concepto de «aldea global» de Marshall McLuhan, determinante a la hora de potenciar en una dimensión planetaria la «rhétorique de l'effet» (Grivel) (11). McLuhan, que no pudo ser testigo de la evolución de su tercera galaxia (la eléctrica de radio y televisión, fundamentalmente) ni el poder de la cuarta (en especial, de Internet), sí pudo visualizar la irradiación global de los nuevos medios que emplean los recursos orales característicos de la primera galaxia.

Con todo, la visión apocalíptica de Villanueva no está en la muerte de la Galaxia Gutenberg vaticinada por McLuhan, (veremos que, en la línea de autores como Umberto Eco, la perspectiva de Villanueva es integradora), sino en esa delgada frontera entre realidad y ficción que la retórica de los nuevos medios puede manejar hasta límites abismáticos. La apariencia de verdad y lo intencionalmente falso de algunos mensajes pueden conducir a la creación de una realidad hábilmente manejada por emisores carentes de principios éticos. La ética, pues, se impone.

Si en el anterior ensayo hemos visto la retórica en el papel constructivo de la realidad con parámetros ficcionales potenciados por los nuevos medios, el segundo ensayo («L'efficace rhétorique du "Yes we can"») mantiene continuidad con el primero en tanto la retórica sostiene con éxito la campaña presidencial de Barack Obama. El lenguaje de otro presidente estadounidense es objeto de estudio, esta vez no como ilustración de los estrechos límites de realidad y ficción, sino como centro

de recursos concernientes a todas las operaciones retóricas de los principales discursos de Obama (visibles y audibles a través de internet), incluida la *actio*, recursos poético-retóricos analizados en profundidad por el ensayista. La interpretación de Villanueva llega también a la consideración de la lograda traducción del pensamiento de Obama que realizan sus logógrafos, oficio auxiliar de la oratoria desde los orígenes clásicos del arte de la persuasión.

El análisis de unos discursos de marcado carácter retórico se cierra en torno al eslogan de la campaña presidencial de Obama, «Yes we can», cuyos efectos persuasivos se contrastan en una perspectiva comparatista con los de un mensaje análogo: el «Sí, se puede» del líder chicano César Chávez empleado en 1972 (38). En fin, la posición central de la retórica en este ensayo, tanto en la revisión histórica, como en el objeto de estudio, y el análisis de recursos retóricos acreditan el sintagma del título del ensayo y perfilan las nuevas direcciones del género deliberativo en la faceta espectacular y mediática de la política actual, anticipada ya en el ensayo anterior.

Otro género, el primero que contribuyó a la creación del arte retórico en la antigüedad, el género judicial, es abordado en el tercer ensayo («Le dialogue entre droit et littérature. Le rapport Barral»), como muestra de las interacciones de realidad y ficción en la creación y recepción literarias. Asoma de nuevo, pues, la cuestión del realismo literario a propósito del proceso incoado al escritor y editor

Carlos Barral, acusado de injuria y difamación por un gerente editorial tras haber incluido el escritor en un número de la revista *Los cuadernos del Norte* de 1981 un extracto de su novela *Penúltimos castigos* (finalmente publicada en 1983). D. Villanueva motivado por razones biográficas (su padre fue magistrado), por razones de amistad con Carlos Barral y por su vocación teórico-literaria y comparatista, establece puentes entre la literatura y el derecho y refiere en este ensayo la redacción de un informe pericial de la pluma del propio Villanueva, solicitado por Carlos Barral y sus abogados (tras la oferta inicial de aquel) como base argumentativa de la defensa, acto que nunca se llevó a cabo por el fallecimiento del acusado.

En dicho informe, Villanueva, fundándose en el vigente enfoque pragmático de la literatura, invoca entre otros argumentos de autoridad la teoría de los «cuasi-juicios» de Roman Ingarden y recurre también al argumento del precedente destacando la hábil defensa de Jules Sénard en el juicio sufrido por Flaubert. En definitiva, en el caso Barral, y desde la perspectiva teórico-literaria básicamente pragmática adoptada por D. Villanueva, la acusación no tiene fundamento: el hecho de que en el episodio de la novela *Penúltimos castigos* de C. Barral anticipado por *Los cuadernos del Norte* figure un personaje con apellido igual (con ligera variación en la novela publicada) al del gerente editorial acusador, y el hecho de que este personaje sea calificado como «la hiena», o «como héroe,

completamente poseído por su papel dramático» (64) no constituyen ningún delito en cuanto que los juicios literarios están sometidos al pacto narrativo o ficcional de toda novela. En este género literario los hechos narrados pertenecen al mundo unitario e imaginario que crea la ficción y no son verificables en el mundo externo a ella. *Penúltimos castigos*, uno de cuyos fragmentos se anticipó en aquella revista, fue creada como novela y publicada como novela, no como autobiografía.

Llegamos ya al ensayo central de la obra: «Marshall McLuhan, un visionnaire conservateur». El personaje histórico de Marshall McLuhan cobra protagonismo en la semblanza que Villanueva realiza sobre la trayectoria docente e investigadora del canadiense. Leyendo este ensayo se percibe el afecto que su autor siente por aquella figura que en tantos aspectos parece proporcionar un modelo para el investigador, también para Villanueva: anclado en la tradición y pragmático, y sin embargo, poético y visionario («un visionario conservador» tal como reza el título del ensayo); en lenguaje coloquial, con visión de futuro.

La literatura inglesa, ámbito en el que McLuhan se formó y en el que ejerció como docente, constituye para Villanueva una plataforma segura en la que vislumbrar otros horizontes, con caída del caballo incluida. Base segura porque el programa fundamental de su formación, anclado en el *trivium* medieval, no le permitía fantasías sino anticipaciones que no eran sino aplicaciones de antiguas disciplinas, como la retórica,

a realidades nuevas, como la publicidad. El acceso a la teoría de la comunicación desde su actividad crítica en el dominio investigador y docente de la literatura inglesa vino dado por la irrupción de nuevos medios, por su curiosidad intelectual, por el estímulo de colegas y discípulos con investigaciones afines y por la realidad nueva que vivían sus alumnos. Como todo profeta, McLuhan iluminó con sus intuiciones la comprensión de fenómenos comunicativos que él vivía y de algunos que él no llegó a vivir plenamente, como la «village globale» creada por Internet. Todo ello sin perjuicio de que en algunos vaticinios haya errado, como el de la muerte de la Galaxia Gutenberg.

Según Villanueva, que analiza también el estilo de McLuhan, «son tempérament de poète» (80) y la elocución en «mosaïque» del intelectual visionario propende al aforismo tal y como se manifiesta ya en su libro más célebre (a partir de la década de los 90), *La Galaxia Gutenberg*, «livre impétueux, plus dionysiaque qu'apollinien» (83). Estilo este que ya en la propia consideración de McLuhan, ponderada por Villanueva, «exigeait un haut niveau de participation de la part du lecteur» (83). No deja de resultar curiosa esta percepción de McLuhan sobre el propio estilo de su escritura (dentro de la Galaxia Gutenberg, por tanto) coincidente con la noción de medio frío que el canadiense aplicará a algunos de los nuevos medios (televisión, fundamentalmente) en otra famosa obra: *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*.

En continuidad con aquel estilo, las intuiciones proféticas de McLuhan, fregonazos visionarios casi siempre cumplidos (desde luego no la muerte de la Galaxia Gutenberg) han permanecido en la mente de todos nosotros como fórmulas emblemáticas, a modo de grandes titulares periodísticos de gran impacto: «the Gutenberg Galaxy», «the rearview mirror», «the medium is the message», «the Age of Information and Communication», «hot» y «cold medium» (73), fórmulas que lo identifican, y no solo estilísticamente. Renuente inicialmente a los nuevos medios, McLuhan se sintió obligado a reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo. Y lo hizo, según apreciación de Villanueva, como un genio, como un auténtico fenomenólogo de la sociedad contemporánea y también como un integrado, utilizando la terminología proveniente de la conocida obra de Umberto Eco, *Apocalípticos e integrados*. Tradicional, conservador, pero asumiendo con coraje intelectual el reto de los nuevos medios y la trascendencia que estos pueden representar en el modo de pensar de los seres humanos.

No se aleja D. Villanueva de McLuhan en «Théorie littéraire de la ville» (el quinto ensayo) cuando en línea con lo anteriormente reseñado califica a aquel autor como «penseur davantage génial que rationnel» (101) a propósito de la noción de «village global». Derivando su pensamiento de las propias ideas de McLuhan, Villanueva sostiene, en sintonía con percepciones similares a las de otros autores, que las ciudades medievales constituyen un precedente

avant la lettre de la «aldea global». Está pensando en Santiago de Compostela, ciudad en la que estudió y en la que vive y en la que observa un germen de globalidad en cuanto destino convergente de caminos de peregrinación. Esta seña de identidad compostelana favorece, según el autor, creaciones culturales de diferente naturaleza artística, entre las que se encuentran grandes, diversas y señaladas plazas de la ciudad, todas ellas lugares de intercambio social aunque con identidades y funciones distintas. Esta labor integradora de grupos humanos de la ciudad y de sus plazas evoca en Villanueva el concepto de *unanimismo* de Jules Romain, idea fundamental ya en la tesis doctoral de Villanueva (*Estructura y tiempo reducido en la novela*, 1977). El *unanimismo* le sirve ahora para explicar y fundamentar la concepción holística de todos los grupos humanos que integran la ciudad compostelana.

Pero la ciudad (en concreto Santiago de Compostela) no solo es construcción de piedras y grupos humanos en los que late una profunda unión espiritual. A una ciudad la construyen los mitos fundadores y el imaginario colectivo de los ciudadanos que circula a través diferentes generaciones fraguado en conflictos religiosos y sincretismos integradores. Es también la abundante literatura inspirada en la arquitectura y en el entramado urbanístico perlado de espacios singulares y «le résultat d'impulsions constructives visionnaires que son parfois restées dans la réalité virtuelle des plans, mais dans d'autres cas ont réussi à configurer

de nouveaux espaces urbains» (109). Proyectos ideales, ambiciosos e incluso utópicos que evidencian el deseo de los ciudadanos y de sus instituciones representativas de construir un patrimonio ciudadano memorable como el de Santiago de Compostela: ciudad religiosa, artística; centro político, educativo y religioso (como en la Edad Media), y sobre todo un encuentro de lenguas y culturas en diversos medios. Como en la «aldea global» de McLuhan.

Con el señuelo apocalíptico del primer ensayo, el sexto, «La bibliothèque des “natifs numériques”», retoma el debate, teorizado con genialidad por McLuhan, en torno a la aparición e imposición de los nuevos medios y la trascendencia que esto pueda tener en la desaparición del libro. Particularmente toma Villanueva, pues, como centro de atención de su ensayo, la pervivencia de la Galaxia Gutenberg, es decir, la pervivencia del libro, de las bibliotecas y de los modos de percibir sensorialmente y trabajar mentalmente que generó aquella. Y en esa atención a cuestión tan candente, habrá de tener en cuenta el vaticinio de muerte de McLuhan y otras opiniones que refuerzan la visión de este autor.

Es por esto quizá uno de los ensayos en los que se advierte de un modo más explícito la posición de Darío Villanueva sobre la realidad de la comunicación contemporánea y no por ello el ensayo más «caliente» en la concepción de McLuhan. Al contrario, las afirmaciones aquí expuestas, tan fundamentadas como todas las del libro, son «frías», profundamente dialógicas como en el ensayo más

genuino, en el sentido de que demandan reflexión y están abiertas a la discrepancia, es decir, provocan debate. En todo caso, en la senda abierta por McLuhan, este ensayo asume un reto intelectual: la necesidad de reflexionar acerca de cómo abordarán los alumnos «nativos digitales», es decir los nacidos en la era de Internet (siglo XXI), la encrucijada de Galaxias en la que se encuentran. Y lo más importante: qué sería lo deseable y con qué medios se cuenta.

Discurriendo entre una y otra Galaxia, observando fases de tránsito entre ellas desde la de la cultura oral, pasando por la del manuscrito, la Galaxia Gutenberg, la de los medios eléctricos (estudiada por McLuhan) hasta llegar a la *Galaxia Internet* (Castells, 2001), Villanueva se muestra tan enemigo de las nostalgias, temores y anuncios fatídicos de los apocalípticos como de la inmersión irreflexiva en los nuevos medios. Párrafos de este ensayo evidencian la adopción de una posición integrada. Así frente a los que creen que las bibliotecas desaparecerán, Villanueva, siguiendo a Winkworth, sostiene: «Je suis également convaincu que la bibliothèque du futur le plus proche sera hybride. Elle l'est déjà. Le papier cohabitera avec le support numérique» (124), como muestra la Biblioteca Virtual Cervantes de la que se muestra especialmente orgulloso señalando sus virtudes. En su observación ninguna Galaxia ha anulado la anterior; la *Galaxia Internet* tampoco está anulando la *Galaxia Gutenberg*: se hibridizan.

La posición integrada que asume Villanueva tiene, con todo, sus

matices y reservas. Así lo muestra al explicar por qué no usa el programa de presentación PowerPoint: en coincidencia con el pensamiento de Franck Frommer (2010), Villanueva cree que en él, «de médium se substitue au message, l'exhibition annihile la démonstration et le raisonnement, car elle soumet le public à une espèce de paralysie cérébrale bénigne qui rend impossible toute interaction intellectuelle» (122). Y añade: «l'orateur est dispensé de faire autre chose que de lire ce qui est déjà visible sur l'écran» (122). El fino humor de estas palabras y otras precedentes con signos de exclamación, no exentas de una sutil ironía, ponen de relieve con todo una de las grandes preocupaciones recurrentes en el ensayo, especialmente cuando contempla la realidad de sus alumnos *natifs numériques* «du point de vue de l'humain» (128). Por un lado, estamos «ceux qui ont émigré depuis une autre galaxie afin de ne pas renoncer à vivre dans la nouvelle (et dans d'autres à venir)» (128) y, por otro, están los *nativos digitales*, con dificultades para leer textos largos, preocupados por escribir más que por leer, sometidos a la confusión entre información y conocimiento (propiciada por Internet) y expuestos a un monopolio monolingüe y al pensamiento único. El horizonte deseable para Villanueva está claro: la lectura, también en pantallas digitales, y el uso de Bibliotecas Virtuales como la de Miguel de Cervantes que pueden ofrecer un canon de obras literarias de cada cultura convenientemente enriquecido con investigaciones lingüísticas y literarias.

El penúltimo ensayo, «Réalité et fiction: le paradoxe de l'autobiographie», retoma la cuestión del realismo literario tratado en otras obras del autor y, en esta que reseñamos, en el primer y tercer ensayo. Y lo retoma asociado a la autobiografía (*cf.* el tercer ensayo), género literario estudiado ya en *El polen de ideas* (1991). Los dos aspectos teóricos –realismo literario y autobiografía– quedan fundidos en el penúltimo párrafo del ensayo cuando el autor sintetiza a modo de explicación del título («la paradoja de la autobiografía») el pensamiento fundamental del ensayo:

l'autobiographie est une fiction lorsque nous la considérons dans une perspective génétique, car para elle, l'auteur ne prétend pas reproduire mais bien créer son moi. Toutefois, l'autobiographie représente une vérité pour le lecteur qui en fait une lecture intentionnellement réaliste avec une plus grande facilité que pour tout autre texte narratif. (154)

Antes de estas palabras, Darío Villanueva revisa teorías de diferentes autores, muchas de ellas interpretadas en clave retórica –prosopopeya, en Paul de Man; desfiguración, en Nora Catelli; prosopopeya y apóstrofe, en Ángel G. Loureiro; metáfora, en James Olney– y, encadenando la suya a estas teorías, considera que la figura retórica característica de la autobiografía es la paradoja. Es esa la razón por la que enmienda la teoría de Lejeune, sin desautorizarla, afirmando, desde la misma consideración pragmática de Lejeune, que él

es más partidario de ver «la “structure paradoxale” de l'autobiographie e moins au “pacte autobiographique”». Como señala en sus últimas palabras, modificando parcialmente las palabras de Cristina Moreiras-Menor, estudiosa de *Coto vedado* y *En los reinos de Taifa* de Juan Goytisolo, no es tanto que «le discours fictionnel et le discours autobiographique sont interchangeable» sino que «la fiction et l'autobiographie sont [...] une seule e même chose: du langage et, partant, de la réalité» (154). Un *tour de force* teórico para percepciones lectoras con numerosos anclajes «realistas»: desde la descodificación realista que realiza el autor a partir de la «voluntaria suspensión del descreimiento» («realismo intencional») (150) hasta «l'effet véridictoire de l'encre sur le papier» (153) que Villanueva, evocando algún trabajo de Francisco Rico sobre el *Lazarillo*, relaciona de nuevo con la Galaxia Gutenberg.

En un tono menos optimista que en precedentes ensayos, con más manifestaciones de desconcierto, de cautela y de duda, analiza de nuevo D. Villanueva en el último ensayo («Littérature et galaxies de la communication») el impacto de los nuevos medios en la cultura contemporánea, especialmente en las generaciones más jóvenes. Con este horizonte pedagógico –coincide Villanueva también con McLuhan en la preocupación por los alumnos– el autor parte de una experiencia vivida por él cuando asistía en Madrid, en 2003, a una representación teatral: la risa casi continua y extemporánea de un grupo de alumnos de un centro escolar

asistentes a dicha representación. La obra en escena –*Historia de una escalera*, de Antonio Buero Vallejo– es un drama en que los personajes viven sin horizontes una vida de posguerra. No parece concordar, pues, la grisura existencial de los personajes con las carcajadas de los adolescentes y, D. Villanueva, asombrado, recurre a la senda teórica iniciada por McLuhan para intentar explicar esa conducta. Incluso el McLuhan más agorero, que excepcionalmente fue el canadiense, se filtra en frases como «D’après moi, cette réaction du public scolaire consistant à recevoir de manière unanime la pièce de Buero Vallejo sur un mode comique illustre parfaitement la mort du drame» (158).

No es el estilo de Villanueva el vaticinar muertes culturales –siempre le protegen (también en este ensayo) las lecciones de la historia que han desmentido muertes anunciadas–; más bien, al contrario, en esa posición «integrada» que le caracteriza busca vías de pervivencia de géneros, galaxias, culturas, muchas veces a través de la hibridación como ya hemos visto. La frase anteriormente citada se explica por el impacto que la reacción de los adolescentes le produjo.

La reflexión posterior a esta vivencia lleva a Villanueva a explicar aquella interpretación cómica de un drama por la mediación televisiva, acentuada incluso por el «renfort de rires en boîte» (160) que el medio prodiga con efectos miméticos. Siguiendo a Nicolás Negroponte y Marc Prensky, padres las expresiones como «enfants du numérique»

y «*digital natives*», respectivamente, Darío Villanueva manifiesta a lo largo del ensayo y a partir de esta anécdota, la conciencia de esa brecha digital que separa a los «nativos digitales» de los «inmigrantes digitales».

Reaparecen ideas de otros ensayos que le preocupan –por ejemplo, la dificultad que los nativos digitales tienen para leer textos largos, y la destrucción del canon propiciada por determinadas teorías literarias– pero aparecen sobre todo preguntas llenas de incertidumbre, explicables en un *inmigrante digital* que conoció una televisión más paternalista y didáctica que la de signo más populista de nuestros días. En palabras de otros y en palabras suyas, en la Galaxia Internet se manifiestan distintas amenazas que transformamos a modo de resumen en preguntas explícitas e implícitas, entre otras: ¿qué trascendencia pueden tener la lectura a saltos propiciada por Internet, el exceso de información (169), el relativismo literario más radical y la destrucción del canon? (163); ¿cuáles son las posibilidades y límites de la *ciberliteratura* y hasta qué punto esta puede metamorfosearse en una *postliteratura*? (164); ¿qué deriva tomará la excesiva publicación de libros, y una juventud que no quiere tanto leer como escribir?; ¿en qué afectará a la Galaxia Gutenberg la tiranía del público a menudo manipulado, la llamada «literatura portátil», la literatura de usar y tirar (170), una literatura «fungible»? Villanueva parece contestar a estas preguntas con el párrafo final del ensayo en que resuenan ecos apocalípticos y una sutil advertencia a la posible

dejación-¿traición? de los agentes literarios de la Galaxia Gutenberg:

Le risque est, par conséquent, que la littérature soit remplacée par quelque chose qui ne serait plus qu'une pâle imitation de celle-ci, malgré le concours de ceux qui étaient autrefois écrivains et que désormais sont uniquement des agents de la vaste fabrique culturelle de la Technopole. (171)

En el cuarto ensayo, Darío Villanueva refiere (79-80) cómo la madre de Marshall McLuhan, profesora de declamación y ella misma intérprete e imitadora teatral, pudo haber dejado huella en la oralidad espectacular y un tanto histriónica de su hijo, que, según sus biógrafos, se comportaba como un auténtico *performer* de sus ideas en conferencias y clases (método didáctico que parece no haber sido aceptado por muchos alumnos). En el estilo ensayístico de Darío Villanueva puede advertirse también, al margen de una educación académica regida por la Galaxia Gutenberg, la huella de su padre, magistrado, y de su madre, maestra: más racional, argumentativo y didáctico, que guiado por intuiciones poéticas y afirmaciones no sustentadas en la reflexión y la ponderación. Quizá sea

esta cualidad, la ponderación, la que nos permite a sus lectores acceder sin condicionamientos, solo con su discurso argumentado y con el conocimiento de las fuentes que prodiga, a nuestra propia reflexión. Como en la mejor tradición ensayística.

Y en la mejor tradición retórica, está también el uso de anécdotas que, por lo concreto y lo narrativo, dejan mayor impresión en los receptores que las ideas abstractas. Ese gusto por lo concreto, que salpica oportunamente el entramado teórico de sus reflexiones, proviene ciertamente de la tradición retórica que Darío Villanueva conoce en la teoría y en la práctica, pero también, creemos, de la cultura oral gallega que figura en la primera Galaxia de su palimpsesto formativo.

Un estilo unitario para una trayectoria investigadora vertebrada como reflejan estos ocho ensayos, donde la palabra *apocalipsis* que abre y cierra esta unidad como alfa y omega ha de entenderse, a nuestro juicio, más como «revelación» (significado etimológico) que como «premonición».

M.^a Ángeles RODRÍGUEZ FONTELA
*Universidad de Santiago de
 Compostela*
rodriguez.fontela@usc.es